

Vivir y dejar huella.

A la memoria de Monseñor Francisco Nel Jiménez Gómez.

Pocas veces, en el transcurso de nuestras vidas, se encuentra uno con personas que le toquen el alma, que lo conmuevan con su sola presencia, y no porque le hayan hecho favores personales, o porque haya compartido con ella la mayor parte de nuestro tiempo.

Eso me sucedió con Monseñor Francisco Nel Jiménez Gómez, recién llegada a la universidad. La primera vez que lo vi estaba cuidando las plantas: quitando hojas, flores o ramas secas, en algún lado de la Universidad Católica Popular del Risaralda, como se llamaba entonces la institución. Y lo seguí viendo en esa misma labor, concentrado, solo, y me preguntaba quién era ese señor de las maticas.

Esa curiosidad me llevó a formularle la pregunta un día a alguien, y entonces me di cuenta de que era uno de los principales fundadores de la universidad, que había sido rector durante más de veinte años, que ahora se dedicaba a su labor como sacerdote en alguna parroquia de la ciudad y que en las tardes, sin falta, todos los días, llegaba a la universidad a cuidar el jardín (ese “cuidar el jardín” lo relaciono siempre, de manera simbólica, con “cuidar a sus ovejas”) que sembró con otros cómplices de la aventura que significó adquirir, construir y habitar la nueva sede de la institución.

Pero también, entre otras cosas, todos lo sabíamos, iba a la universidad, a su casa, para adentrarse en el mundo de los libros, para recrearse con las palabras de las nuevas o de las viejas adquisiciones bibliográficas, para seguir escuchando las voces de los seres que dejan impresas sus ideas en cada libro, en cada tomo.

Y con la autoridad de la experiencia, del conocimiento, nos compartía o recomendaba autores y obras, artículos de revistas o de periódicos... Porque él sabía que un ser que lee es un ser que piensa, que obtener conocimiento a través de la palabra escrita es una forma de nutrir el espíritu y que eso conduce a los seres humanos a construir un mejor futuro para sí mismos y para los demás.

Y estoy segura de que esa forma de concebir el camino hacia un mundo mejor, lo llevó a involucrarse con la creación de un alma máter donde los jóvenes fueran a pensar el futuro de su vida, de sus familias, de su ciudad y de su región.

Dentro de esa concepción de universidad, según su visión, no podía faltar el espacio para albergar el saber acumulado por la humanidad durante miles de años. El espacio donde los jóvenes y los adultos que le dan vida a la institución, fueran a beber de las aguas de la ciencia y de la fe cristiana para traspasar las fronteras de la ignorancia y del escepticismo. Así dio vida a la Biblioteca, orgullo de la que hoy llamamos Universidad Católica de Pereira, cuyo delicado y acogedor estilo arquitectónico habla por sí mismo del significado que tenía para Monseñor una obra como esta.

Poco a poco, con la ayuda de otros pero principalmente con sus recomendaciones, la Biblioteca se ha ido llenando de palabras, de libros que valoró encerrado en un cuartito dispuesto para albergar las posibles nuevas entradas a las diferentes colecciones de la Biblioteca.

No recuerdo cuál fue nuestra primera conversación. El caso es que empezamos a cruzarnos en la cafetería donde saludaba a todos y todas, recomendaba bajar los pies de las sillas o de las mesas, evitar el vocabulario subido de tono en el trato con el otro...; o al lado de una veranera, o de un árbol viejo...; pero sobre todo en la Hora del cuento. Asistía a ella y nos escuchaba discutir sobre lo bueno y lo malo del autor y de la obra. Alguna vez acogimos una sugerencia suya, leímos a los “nadaístas”. Como siempre, después de la lectura, abrimos el debate, pero no intervino, solo nos escuchó como otras veces. No pude evitar preguntarle más tarde por qué había guardado silencio, y me respondió: “Yo ya no estoy para hablar sino para escuchar”. Esa es la respuesta también a la pregunta de por qué frecuentaba la Biblioteca y sus libros: para escuchar la voz de quienes continúan escribiendo la historia de la humanidad.

Este hombre, grande de estatura e inmenso de corazón, estaba revestido con un aura de amor, de generosidad, de humildad, que resultaba imposible pasar por su lado sin sentir que estaba ahí. Era un ser humano, por supuesto. Y seguramente

despertó otro tipo de pasiones y sentimientos. Pero quienes de alguna manera nos acercamos a él, aprendimos a admirarlo y a respetarlo, también a amarlo porque sus acciones no inspiraban otra cosa que el deseo de seguir su ejemplo de amor y de nobleza.

Solo un ser humano con esa capacidad de desprendimiento y esa esperanza en el futuro; con esa vocación de servicio y el deseo de aportar a la construcción de una sociedad más justa e igualitaria, pudo ser capaz de entregar su vida a la fundación y preservación de la misión de una obra como la Universidad Católica de Pereira.

La mayoría de quienes conforman hoy la comunidad universitaria desconocen lo que hizo Monseñor Francisco Nel, y no alcanzan a dimensionar la magnitud de su aporte a la sociedad local y regional. Pero deben saberlo para poder continuar con la filosofía original con la que se creó la institución, para entender que, más que una obra pensada para favorecer a quienes todo lo tienen, o para albergar intereses personales, es un acto humanista, un acto de fe en la capacidad del ser humano para descubrir los misterios del universo a través de la ciencia, pero también para conocerse a sí mismos, a sus semejantes a través de la palabra y el ejemplo de Jesús de Nazareth.

Solo guardo gratitud en mi corazón hacia Usted, Padre, por las huellas con que marcó nuestros caminos. Por enseñarme a escuchar a los seres humanos que me rodean para comprenderlos y amarlos como son y por lo que son. Por ayudarme a entender que los jóvenes estudiantes que comparten conmigo un aula de clase, aprenden mejor cuando veo en ellos a personas ansiosas de aprender pero también de ser escuchadas y valoradas en su dimensión humana.

Gracias, infinitas gracias por enseñarme lo que es ser maestra.

Inés Emilia Rodríguez Grajales

Pereira, 1 de junio de 2016